

EL PADRE URIEL MOLINA HABLA SOBRE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

John W. Murphy
Manuel J. Caro

RESUMEN

El padre Uriel Molina Oliú desempeñó un papel crucial tanto en la revolución contra Somoza como en el desarrollo de la Teología de la Liberación, específicamente en lo que se refiere a las comunidades cristianas de base. Durante el otoño del 2001, se le pidió al padre Uriel que contestara a varias preguntas relacionadas con el estado actual y con el futuro de esta forma de hacer teología. En este artículo, se informa de sus respuestas a estas preguntas, a la vez que se conectan sus ideas con ciertos temas fundamentales de la filosofía social contemporánea. El padre Uriel cree que las condiciones sociales y económicas no han mejorado ni en Nicaragua ni en muchos otros países en América Latina, y que, por eso, la Teología de la Liberación aún debe mantener su misión original de cambiar las causas estructurales de la pobreza. En un mundo controlado, ya no por dictadores tradicionales, sino por la nueva dictadura del mercado y de los valores comerciales, el padre Uriel dice que la teología desde abajo puede contribuir a la creación de una nueva imagen de comunidad. En otras palabras, el padre Uriel cree que se puede construir un mundo más democrático elevando en importancia al pobre en la imaginación colectiva, a la vez que convirtiéndolo en un nuevo sujeto histórico.

ABSTRACT

Padre Uriel Molina played a very important role in the revolution that overthrew Somoza and in the development of liberation theology, particularly Christian base communities. During the Fall, 2001, Padre Uriel was asked to respond to various questions about the current state of liberation theology and the future of this method and theory of theology. In this article, his responses to these inquiries are reported and placed in the context of contemporary social philosophy. He believes that the social and economic conditions in Nicaragua and other countries of Latin America have not improved, and therefore this version of theology still should retain its original goal of changing the structural causes of poverty. In a world that is not currently controlled by traditional dictators, but by the new dictatorship of the market and commercial values, Father Uriel contends that community-based theology can contribute to the creation of a new, more humane image of the community. In other words, by elevating the poor in importance in the mind of the general population, in addition to revealing a new historical subject, Molina states that a more democratic world can be created.

INTRODUCCIÓN

El padre Uriel Molina Oliú ha jugado un papel muy relevante en la historia de la Teología de la Liberación en Nicaragua. Pero tanto su trabajo como su inspiración e influencia se han extendido fuera de este país, teniendo un impacto internacional, incluso cuando, tras veinticinco años de experiencia parroquial, él se considere más un “pastor que un teólogo”. Debido a su importancia dentro de este movimiento pastoral y teológico, nosotros hemos querido preguntarle su opinión sobre el estado actual y los planes de futuro de la Teología de la Liberación, en un momento en el que muchos críticos opinan que esta manera de hacer teología ya no tiene lugar ni en América Latina ni en el resto del mundo. La razón es que ya no hay dictadores en América Latina. Pero también, que las ideologías no juegan el papel preponderante que tenían en la política de, por ejemplo, los ochenta. En la actualidad, el mundo entero está integrado en una economía unitaria que se organiza en torno a un mercado único. A este mercado se le ha venido a llamar en Latinoamérica el “mercado total”¹. Lo crucial para entender este concepto es que no hay nada político acerca del mercado. Siendo neutral, el mercado coordina todas las actividades cotidianas de todos los países e individuos de forma justa e imparcial.

Debido a que el mercado se presume apolítico, el mundo que este mecanismo dirige se considera profundamente democrático, pues no hay política que favorezca a unos en detrimento de otros. Según la teoría neoliberal, el mercado es un mecanismo autónomo que reparte la riqueza de forma proporcional al valor de cada uno, sin favoritismos ni arbitrariedades. Todo el mundo puede perseguir libremente sus propias metas dentro del mercado. Tras el triunfo de esta filosofía económica y la caída del comunismo, la democracia puede florecer por todos los rincones del planeta. Como consecuencia de esta extensión de la democracia, la Teología de la Liberación pierde su razón de ser

al desaparecer aquello contra lo que esta teoría había luchado; en el mundo contemporáneo, apenas si existe la persecución sistemática y política de ciertas personas.

Pero el padre Uriel tiene una visión muy diferente de la realidad mundial y nicaragüense que queríamos documentar. Para él, la democracia real no existe. De hecho, las estructuras económicas que contribuyen a la alienación y a la pobreza de las personas no han sido eliminadas. Así, mucha gente vive en una pobreza que nuestra supuesta democracia tolera y fomenta. En muchas ocasiones estas personas han perdido toda esperanza de que un futuro mejor sea posible. En este sentido, el padre Uriel piensa que la Teología de la Liberación ha de jugar un papel clave en la superación de este estado de privación y opresión, pues puede proveer a las personas de una esperanza (basada no sólo en palabras sino en un compromiso social fuerte) que puede no surgir de otras fuentes.

Tanto el padre Uriel como muchos otros autores entienden que el mercado no es neutral y que, por tanto, puede crear muchos problemas. Como parte de un proyecto más amplio sobre su persona y pensamiento, hace apenas unos meses le mandamos por correo electrónico unas preguntas acerca del papel de la Teología de la Liberación en este mundo actual dominado por el mercado. Para el padre Uriel, este papel ha de ser el de ayudar a desarrollar un mundo más humano dentro de este contexto histórico de racionalización mercantil². Para que esto sea posible, sin embargo, la Teología de la Liberación ha de cambiar de táctica y dirigir su crítica a temas centrales de la filosofía

1 Hinkelammert, Franz J., *Cultura de la esperanza y sociedad sin inclusión*. San José: DEI, 1995.

2 Como muchos otros críticos en América Latina, el padre Uriel cree que la deuda externa y la corrupción interna han socavado toda posibilidad verdadera de desarrollo. En este respecto, él está de acuerdo con Orlando Núñez Soto, quien aboga por que, aunque los pobres apenas sobrevivan al día a día, aún tienen la capacidad de defender sus comunidades contra una invasión salvaje del mercado que no respeta ni sus valores ni sus deseos (véase Núñez Soto, Orlando, “Las condiciones políticas de la transición”. En: José Luis Corraggio y Carmen Diani Deere (comp.). *La transición difícil*. Managua: Editorial Vanguardia, 1987, pp. 53-73).

más contemporánea. Y no es que la Teología de la Liberación esté anticuada, sino que, siendo un marco teórico muy flexible, debe adaptarse a los nuevos tiempos³. El propósito del presente artículo es recoger las contestaciones del padre Uriel a nuestras preguntas⁴ y acercar sus ideas al lector situándolas dentro del contexto teórico contemporáneo.

BREVE BIOGRAFÍA DEL PADRE URIEL MOLINA OLIÚ

Uriel Molina Oliú nació el seis de octubre de 1932, como él dice, en “una noche tenebrosa, oscura, envuelta en lluvia”, en una hacienda cafetalera llamada “Los placeres”, en Matagalpa, una pintoresca ciudad del norte nicaragüense. Aunque de familia numerosa y poco adinerada, durante su infancia la educación y la religión constituyeron el centro de su vida.

Cursó sus estudios secundarios en el Instituto Nacional del Norte, con sede en Matagalpa. Durante estos años de adolescencia, el joven Uriel se centró en la literatura y las humanidades, además de disfrutar de fiestas y correrías varias con sus compañeros. En 1950, Uriel ingresa en la Universidad de León, donde comienza sus estudios de derecho, carrera que decidió abandonar tres años después. Como él mismo dice, su estancia en León resultó decisiva y definitoria, pues su vena religiosa se impone a sus deseos de formar una familia o encontrar algún trabajo civil. En cuanto a las dudas sobre su vocación quedaron despejadas tras sus contactos con varios padres franciscanos, el pa-

dre Uriel partió para Asís (Italia), donde comenzó cinco años de intensos estudios filosóficos y teológicos, al cabo de los cuales profesó solemnemente sus votos de ingreso en la Orden Franciscana en 1959.

Tras estos años de estudio, el padre Uriel regresó a Nicaragua, donde pronto se dio cuenta de que necesitaba una más profunda educación para enfrentar y responder correctamente a los desafíos que presentaba Nicaragua entonces: la opresiva tiranía militar somocista. Por ello, se fue a Roma, en donde obtuvo su doctorado en teología en la Pontificia Universidad de Propaganda Fide. Durante sus años en Roma, el padre Uriel se ve profundamente influenciado por el papa Juan XXIII y por el Concilio Vaticano II, celebrado en 1962. Estas influencias le facilitarían más tarde su aprecio por la Teología de la Liberación.

Tras su graduación, el padre Uriel vuelve a Nicaragua y, después de unos meses de descanso en Matagalpa, se traslada a la parroquia de Santa María de los Ángeles, en una zona muy humilde de Managua, el barrio Riguero. Aquí, y tras acontecimientos tan cruciales como la fundación del Frente Sandinista⁵, la Conferencia de Medellín, el congreso de cristianos por el socialismo de Chile y el apogeo de la Teología de la Liberación, el padre Uriel se hace consciente del papel tan crucial que un sacerdote ha de jugar en la transformación de la sociedad, incluso desde un punto de vista meramente pastoral. De resultados de su asociación con comunidades eclesiales de base muy activas políticamente, con varios teólogos de la liberación y algunos sacerdotes muy activos socialmente en sus barrios, y tras su protesta por la masacre de jóvenes rebeldes sandinistas en Managua, el padre Uriel pasó a ser conocido como uno de los “siete hermanos en Marx”. A partir de este momento de compromiso con el cambio revolucionario, la vida del padre Uriel comenzó a hacerse cada vez más difícil por la continúa presión del poder eclesiástico y militar.

Como parte de su trabajo en el Riguero, el padre Uriel apoyó y apadrinó a un grupo de

3 El padre Molina expresa la opinión de que Alejandro Serrano está trabajando en esta dirección a través de sus análisis acerca de la democratización de la cultura, y de la restitución de la justicia y el derecho en las instituciones del Estado —instituciones que, en Nicaragua, se hayan paralizadas tras el pacto de los partidos liberal y sandinista— (véase Serrano Caldera, Alejandro. *Los dilemas de la democracia*. Managua: Editorial Hispamer, 1995).

4 A las de entonces, el padre Uriel contestó por correo electrónico, y a muchas otras que le hemos formulado en sucesivas conversaciones, lo hizo en persona.

5 Véase Fonseca, Carlos, *Bajo la bandera del sandinismo*. Santo Domingo: Editorial Universitaria, 1978.

jóvenes estudiantes para que constituyeran una de las comunidades cristianas de base más famosas de Managua⁶. Algunos de sus miembros llegaron a ser personajes importantes de la revolución sandinista o de la vida política del país, y muchos de ellos murieron a manos de la represión de Somoza.

Su participación en este movimiento revolucionario fue tan importante que el padre Uriel fue amenazado de muerte por William Cranshaw (el entonces director de la policía de Managua)⁷ y su parroquia registrada en varias ocasiones en busca tanto de documentos como de guerrilleros y armas. A pesar de estas presiones y, en parte, debido a ellas, al padre Uriel no le quedaba, como él mismo explica, más alternativa que luchar contra el régimen militar somocista, por ser inhumano, corrupto y represivo.

Tras el triunfo de la revolución en 1979, el trabajo parroquial del padre Uriel continuó mano a mano con la dirección del Centro Ecu­ménico Fray Antonio de Valdivieso⁸. Durante estos años, sin embargo, la contrarrevolución se empezó a hacer cada vez más fuerte debido al apoyo total de Estados Unidos, y el ataque contra el trabajo de los sacerdotes progresistas de Nicaragua se hizo cada vez más voraz. Para el padre Uriel, este ataque culminó en 1996, cuando, como parte de una campaña de desprestigio contra el sandinismo, fue apartado de

la orden Franciscana. Sin embargo, debido al apoyo del Dom. Tomás Balduino (obispo de Goiás, Brasil), y Dom. Pedro Casaldáliga (obispo de Sao Félix do Araguaia, Brasil), y bajo su autoridad, el padre Uriel aún puede ejercer su ministerio, si bien de manera muy limitada⁹.

En los noventa, y tras la muerte de su madre y un gran amigo, el padre Uriel se traslada a las afueras rurales de Managua, donde dirige durante unos años un proyecto de servicios sociales y de salud para los campesinos de la zona, llamado "Esquipulas, Nuevos Horizontes". Tras el término de este proyecto y, aunque su compromiso con el desarrollo de una nueva Nicaragua más justa y equitativa para todos nunca se haya desvanecido, el padre Uriel se viene dedicando en la actualidad principalmente a la contemplación, la lectura, y la redacción de sus memorias. Dadas sus experiencias en la lucha contra la represión social y cultural en Nicaragua, este sacerdote de Matagalpa interesado en el cambio social tiene mucho que decir acerca tanto del futuro de la Teología de la Liberación como del papel que la religión ha de jugar en el mundo contemporáneo.

¡LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN TIENE UN FUTURO!

Contrariamente a lo que opinan los críticos, el padre Uriel cree que, definitivamente, la teología de la liberación debería ocupar un papel preponderante en las sociedades actuales¹⁰.

6 Para una discusión más pormenorizada sobre esta comunidad, véase Randall, Margaret, *Cristianos en la revolución. Del testimonio a la lucha*. Buenos Aires: Ediciones Nueva América, 1985.

7 Esto ocurrió algo antes de que la práctica de matar sacerdotes y religiosas se empezara a hacer patente en El Salvador.

8 Este centro toma su nombre del primer obispo mártir de Nicaragua, quien fue asesinado en 1550 por la familia Contreras, quienes han venido a ser conocidos en ciertos ambientes como los primeros Somozas. El Valdivieso sirvió como lugar de reflexión teológica y ecuménica en que participaron teóricos del calibre de Giulio Girardi, algunas de cuyas obras han sido editadas y publicadas por el propio centro (véase por ejemplo Girardi, Giulio, *Sandinismo, marxismo, cristianismo: una confluencia*. Managua: Centro Ecu­ménico Antonio Valdivieso, 1987).

9 En la actualidad, la situación institucional del padre Uriel es muy compleja y necesitaría de una obra más larga que la presente para poder ser explicada. Baste decir, sin embargo, que, tras la marcha de estos dos obispos brasileños, el futuro del padre Uriel como sacerdote queda en el aire.

10 Por supuesto, el padre Uriel no es el único autor que opina que la Teología de la Liberación tiene algo que decir acerca de la situación del mundo contemporáneo. Michael Novak, por ejemplo, tiene una perspectiva opuesta a la del padre Uriel. Este autor escribe que la Teología de la Liberación ha de sostener el mercado, el capitalismo y los valores que sustentan este tipo de organización económica (véase Novak, Michael, *Will it Liberate? Questions about Liberation Theology*. New York: Paulist Press, 1986).

A pesar de la elevación del mercado a los altares de nuestra sociedad y, tal vez, a causa de esto, este tipo de teología tiene mucho que ofrecer al mundo de hoy. Sin embargo, el enfoque tradicional de este movimiento habría de cambiar para que fuera efectivo. En lugar de luchar contra gobiernos corruptos y violentos, la Teología de la Liberación debe luchar contra la cultura del mercado, pues es esta la que en nuestros días causa violencia, corrupción, alienación y hambre en un número cada vez mayor de personas. A este respecto, la obra del padre Uriel ha sido muy influenciada por el trabajo de Hugo Assmann y Franz Hinkelammert¹¹. Estos autores llevan ya muchos años estudiando los problemas que resultan de que el mercado haya empezado a definir todos los aspectos de la vida social.

Consistente con los escritos de Assmann y Hinkelammert, el padre Uriel aboga por una teología de la liberación que suministre un “nuevo paradigma cultural” que sirva de alternativa a la cultura del mercado, pues esta última es deshumanizadora y socava todos los valores que no están relacionados con la actividad comercial. Como consecuencia del mercado, los seres humanos se han convertido en poco más que productos con los que comerciar. Por esto, las personas carecen de espíritu, alma o, como dice el padre Uriel, de relación con Dios. Dentro del marco del mercado, la vida humana es finita y semejante a cualquier otro bien material. Según el padre Uriel, una de las metas de la Teología de la Liberación debería ser el alivio de la “angustia existencial” que provoca el que la vida humana se considere de esta manera.

Por supuesto, lo que el padre Uriel está describiendo es la enfermedad de la enajenación, que no desaparece necesariamente con cambios de gobierno o administración, sino que llega hasta lo más insondable de la humanidad. El padre Uriel piensa que sólo un cambio muy profundo puede proveer a la gente de la dignidad

que precisa. Esta es la tarea central de la Teología de la Liberación en nuestros días. Como describe Paul Tillich, por ejemplo, Dios se revela en “el coraje de ser” que la gente, especialmente la pobre, exhibe cuando afronta a diario las fuerzas estructurales de su pobreza y opresión¹².

La Teología de la Liberación puede demostrar a la gente que su vida no es simplemente el resultado de la pujanza del mercado, sino que los límites materiales que esta fuerza impone en ellas pueden ser superados. Las personas no sólo son mano de obra que puede ser explotada para que los industriales e inversionistas internacionales recojan el máximo beneficio. El mensaje de la Teología de la Liberación en este tema es claro: todo el mundo tiene derecho a su dignidad, y nadie tiene la prerrogativa de explotar a otras personas. Como Tillich sugiere, todo el mundo ha de poder exigir una vida mejor, aun cuando las clases sociales más poderosas quieran impedir dicha posibilidad¹³. Dios está presente en todo espíritu humano, incluso cuando las condiciones sociales son malas y la esperanza está casi agotada.

Con respecto al papel de los sacerdotes en este proceso de cambio social, el Padre Uriel tiene una interpretación muy interesante de la famosa frase “opción preferencial por los pobres”. En su opinión, trabajar por los pobres exige algo más que la mera presencia en sus barrios y la organización de programas de ayuda social. La razón es que estas acciones no rompen necesariamente el círculo de la pobreza, sino que sólo la alivian modestamente. En un ejercicio profético, los defensores de la Teología de la Liberación deberían también demandar que los países ricos cesen de instituir las condiciones socioeconómicas responsables de la creación de la pobreza y la alienación a escala mundial. Sólo de esta manera no se comportan los sacerdotes y religiosos/as como meros misioneros sino como verdaderos agentes de cambio social.

11 Véase por ejemplo Hinkelammert, Franz J., *Democracia y totalitarismo*. San José: DEI, 1987; Assmann, Hugo (ed.), *El juego de los reformismos: frente a la revolución en Centroamérica: materiales sobre la Socialdemocracia, la Democracia Cristiana, el Reformismo Yanqui*. San José: DEI, 1981.

12 Tillich, Paul, *The Courage to Be*. New Haven: Yale University Press, 1952.

13 *Ibid.*

LA BASE ESTÁ EN EL SUR,
Y NO EN EL CONFLICTO ESTE-OESTE

Una de las ideas más interesantes que el padre Uriel propone es que el enfoque de la Teología de la Liberación no ha de ser el marxismo, sino el pobre. Es decir, la Teología de la Liberación “se hace a partir del sur, y no a partir de la relación ideológica este-oeste”. Esta aclaración es crucial puesto que muchas de las críticas más clásicas contra la Teología de la Liberación asumen que esta teoría no es más que una versión religiosa del marxismo. Estos críticos, dentro y fuera de la Iglesia, acusan a la Teología de la Liberación de no ser más que una ideología, una herramienta en la batalla contra el capitalismo.

Pero como nota el padre Uriel, la Teología de la Liberación no es simplemente un subproducto del marxismo. De hecho, frente al marxismo, la Teología de la Liberación no propone, por ejemplo, que la existencia humana esté controlada por leyes materiales, es decir, por la economía. La gente, dicho de otra forma, no es el producto del nexo del dinero y el poder, sino que tiene una identidad que se extiende más allá del carácter físico de nuestra existencia. Por ello, el padre Uriel dice que la Teología de la Liberación trata de liberar las mentes, las almas y los cuerpos, es decir, a la persona completa, de forma integral.

En este sentido, el padre Uriel afirma que el Evangelio no necesita de ninguna ideología para legitimar el trabajo de la iglesia. Él cree que el cristianismo posee un claro mensaje de cambio social muy progresista, y que la religión cristiana puede prometer cambios institucionales tan radicales como los propuestos por el marxismo. Por supuesto que él entiende el rol que el marxismo ha jugado en la historia moderna y, por eso, aboga por la extensión de esta ideología a todos los grupos marginados por el poder: pobres, mujeres, movimientos indígenas, minorías religiosas, etc. Y de la misma manera en que el marxismo ha de actualizarse, el cristianismo ha de abrir su enfoque para incluir una crítica de la violencia engendrada por los llamados “organismos internacionales”, y dejar de lado la miope obsesión por la violencia más individual.

Esto significa que los teólogos de la liberación no son tan ingenuos como para no reconocer el papel que el capitalismo ha jugado en la creación de la pobreza en Latinoamérica. Por esta razón, estos teólogos usan el marxismo como método de análisis de las relaciones de clase y de la explotación existente en dicho vínculo. Debido a que el enfoque de la Teología de la Liberación es el pobre y no la lucha de clases, el uso del marxismo es sólo una estrategia para evaluar y luchar contra la pobreza.

En lugar de odio entre clases, como el marxismo proponía, la Teología de la Liberación predica la unión de todo el mundo para que las condiciones estructurales que crean la pobreza sean erradicadas. Quienes apoyan esta liberación de la pobreza no quieren dividir al mundo en clases opuestas entre las que se inicie una guerra de Armagedón. Bien al contrario, el destino de la gente no está predeterminado, ni es el resultado de la lucha de clases, como afirma el marxismo más dogmático. Este estado de odio ni es normal, ni necesario; es simplemente el resultado de una historia que se ha secularizado completamente, una historia a la que se le ha robado el alma.

En lugar de transformar al pueblo en soldados para una guerra entre clases sociales, los teólogos de la liberación quieren construir un mundo nuevo donde todas las personas puedan reunirse en armonía. Este mundo, según el padre Uriel, ha de guiarse por una ética de nuevo cuño que no sea “ni fundamentalista, ni dogmática”, sino “espiritual, ecuménica, e inclusiva”. Su idea es que “una Teología de la Liberación puede crear las necesarias condiciones sociales para desarrollar un mundo que se base sobre el respeto mutuo entre las personas”. De hecho, el padre Uriel mantiene que este principio es la piedra angular de la fe cristiana. En definitiva, este cambio ético representa un “nuevo modelo de sociedad”.

Orlando Núñez Soto, un amigo del padre Uriel, escribe que este tipo de comunidad encarna la “salvación social”¹⁴. La salvación, en este sentido, representa la “unificación progresiva de

14 Núñez Soto, Orlando, *La insurrección de la conciencia*. Managua: EDUCA, 1985, p. 115.

la humanidad” en una comunidad de iguales, es decir, un modelo de solidaridad cristiana en el que las personas coexisten como hermanas. Es en esta comunidad, que se basa en el principio del amor fraternal, donde las personas se realizan a sí mismas en sus metas personales y colectivas, y dejan de ser instrumentos de otros. En esta colectividad la regla de oro es la protección y el fomento de la diferencia existente en el prójimo, y no su control y/o manipulación.

LA IDOLATRÍA DEL MERCADO

En el mundo moderno, la filosofía económica neoliberal ha pasado a ser dominante, incluso en América Latina. Según esta posición teórica, todo aspecto de la vida social ha de ser organizado por el mercado, que es a la vez justo y racional. Cualquier otro mecanismo de organización social es considerado corrupto y poco fiable, por estar sujeto a los avatares de las luchas políticas, la injusticia, y la pasión (es decir, la falta de racionalidad). A esta manera de entender la sociedad, Hinkelammert y Assmann llaman “la idolatría del mercado”. El padre Uriel describe esta situación de forma muy gráfica e interesante. En términos religiosos, él escribe que “fuera del mercado no hay salvación ni esperanza”. El mercado define todo lo que es real y posible, no pasando por alto ninguna faceta de la realidad social, cultural o política¹⁵. Como si de una realidad “*sui géneris*”¹⁶ se tratara, el mercado es universal y autónomo, y se extiende hasta el infinito. Fuera de él ni hay nada, ni nada puede ocurrir que tenga sentido.

En este sentido, el padre Uriel se ve influenciado por los trabajos que parten del De-

partamento Ecuménico de Investigaciones de San José (Costa Rica), y en concreto por autores como Hinkelammert. Estos críticos han descrito esta situación de fe ciega en las reglas económicas como “la metafísica del mercado”, y han estudiado las consecuencias que tal idea trae consigo: la alineación. De forma similar a estos autores, el padre Uriel escribe que “el mercado sin restricciones... [ha] pasa[do] a ser el principio casi absoluto de la vida económica”. Lo que el padre Uriel intenta explicar es que las personas han dejado de ser importantes, y han pasado a ser meras piezas sustituibles del sistema. El mercado ha impuesto, según el padre Uriel, unas “estructuras de pecado” que marginan a mucha gente y fomentan la pobreza. Este tipo de actuaciones sociales y políticas se hacen, no en el nombre de la política, sino de la racionalidad. Solamente si damos credibilidad a esto último, puede este proceso mercantilista no conceptualizarse como mecanismo de represión. Ha de quedar claro, sin embargo, que este mundo no es ateo, sino idólatra, pues dios no desaparece, sino que existe, aunque haya sido mercantilizado y convertido en un fetiche.

Para remediar esta situación y crear un mundo más humano, la economía ha de considerarse como una herramienta para satisfacer “las demandas concretas de las personas”. En este sentido, observa el padre Uriel, la economía debería partir de “la sociedad civil” y no de las reglas abstractas de la producción y el beneficio. Lo que sugiere Molina es que, como ha sido el caso de Brasil y otros lugares en Latinoamérica, la economía se puede organizar como una “forma de producción comunitaria y autogestionaria que cree sus propios mercados”. Entendida de esta manera, la economía deja de estar basada en normas absolutas y abstractas, para sustentarse en los deseos y necesidades de las diversas comunidades de personas. El mercado pues, empieza a trabajar para las personas, y no al contrario.

Este nuevo tipo de economía, según el padre Uriel, se puede hallar en la tradición cristiana. Las comunidades de la antigua Macedonia, por ejemplo, se construyeron con base en el amor y la generosidad, y no el miedo y la sospecha. Lo que la Teología de la Liberación nos enseña es que el mercado no tiene por qué representar la única

15 Dierckxsens, Wim, *Del neoliberalismo al poscapitalismo*. San José: DEL, 2000, p. 90.

16 Durkheim, Emile. *Pragmatism and sociology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983. Con el término *sui géneris*, Durkheim se refiere a que la sociedad tiene una serie de características que no dependen de los individuos que la forman, sino que, emergiendo de dichas personas, alcanzan cierta independencia de ellas. En este sentido, la sociedad termina por imponerse a los individuos que la formaron.

opción para organizar y legitimar una sociedad. La idea de una verdadera comunidad cristiana refleja, por ejemplo, una moralidad diferente y una conceptualización de la vida y la muerte bien distinta. Por supuesto, desde el punto de vista neoliberal, este tipo de comunidad es una utopía, por no tener al mercado como eje fundamental. Pero desde un punto de vista alternativo, los rasgos cristianos forman parte del ser humano y, por tanto, pueden fundar la base de una manera diferente de entender la realidad. Sólo hace falta poner el esfuerzo suficiente.

Lo importante para el padre Uriel es hacernos entender que valores cristianos como el amor, la caridad y la comunidad no pueden ser entendidos como epifenómenos de un mercado cuya racionalidad, sin duda alguna, socavan constantemente. Bien al contrario, estas ideas son una parte importantísima de la humanidad y pueden proporcionar la base en la que se sustente todo intercambio social, incluido el económico. El problema hoy en día es que estos valores se han olvidado y destruido debido a la obsesión por el control social y la eficiencia económica.

REALIDADES ALTERNATIVAS

La realidad representada por el mercado, entonces, no es ni la única, ni la más adecuada forma de conceptualizar las relaciones interpersonales. En este sentido, el padre Uriel vuelve a estar de acuerdo con Hinkelammert. De forma similar a este autor, Molina cree que en los márgenes del mercado neoliberal existen multitud de realidades alternativas que han de ser exploradas. En contra de lo que normalmente se piensa, en estos márgenes no viven sólo los fracasados del mercado, sino que más bien es en estos márgenes donde existe la libertad suficiente para crear instituciones y conciencias distintas. El padre Uriel reconoce que la década de los ochenta fue más rica en alternativas políticas y movimientos populares que la de los noventa o la de principios del siglo XXI. Como él mismo explica, de “estos movimientos van surgiendo nuevos actores sociales que van construyendo un nuevo sujeto histórico”. Los movimientos de liberación de los pueblos indígenas,

de la mujer, y de los afroamericanos, por ejemplo, formaban el centro de estos movimientos de resistencia. La reconfiguración de la vida social y la eliminación de las jerarquías tradicionales eran los objetivos de estos grupos. Molina lleva razón cuando declara que estos grupos intentaban establecer un nuevo orden social “desde abajo”.

Sin embargo, no todo está perdido en la actualidad. De hecho, el padre Uriel ve esperanza en el tipo de manifestación popular de Seattle, Génova, Porto Alegre, y otros lugares, en los que el proceso de globalización neoliberal se empieza a resistir con fuerza desde sectores muy variados. Desde los márgenes del mercado, estudiantes, trabajadores, académicos, campesinos, ecologistas, feministas y demás se reúnen cada vez con más frecuencia para desarrollar una lógica post-capitalista que se base en la libre auto-determinación de comunidades y naciones de todo el mundo, y no sólo del mundo rico. El padre Uriel cree que muchas de estas personas expresan ideales religiosos o morales inspirados en la Teología de la Liberación, como por ejemplo, el énfasis en la justicia social para todos los individuos y comunidades del planeta.

Contrastando con el “mundo unidimensional” que describía Herbert Marcuse, el mundo actual está al borde del caos, pero aún queda esperanza¹⁷. Según el padre Uriel una inspiración religiosa que enfatice la liberación personal del mal social puede sacudir los cimientos de toda institución injusta y descolonizar “las mentes y los productos de las sociedades dominadas”. Una fe cristiana con vocación social puede motivar a la gente para que imagine e implemente una nueva sociedad que no se base en el mercado, pero que aún así, sea racional y posible. En realidad, la razón de ser de este tipo de fe es la creación y reforzamiento de normas y valores que, en la actualidad, carecen del apoyo de las clases dominantes por ser considerados utópicos.

A pesar de lo que los defensores del mercado dicen acerca de la universalidad de esta

17 Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1995.

institución, existen otras maneras de definir la realidad social. El papel de la Teología de la Liberación es el de concebir e introducir este tipo de alternativas y valores que puedan desarrollar una sociedad basada en una visión de futuro más humana. Y no es que la Teología de la Liberación desconfíe de toda propuesta que pueda partir de los sistemas económico y político, sino que intenta que la gente tome las riendas de esta nueva sociedad, y no se deje guiar por estas estructuras predeterminadas.

CONCLUSIÓN:

UNA CULTURA POLÍTICA NUEVA Y DISTINTA

Además de invertir las posibilidades culturales y sociales, el desarrollo desde abajo incluye la construcción de un nuevo orden político. Usando un nuevo concepto que se ha hecho bastante popular en ciertos ámbitos políticos críticos, el padre Uriel propone que este nuevo orden social debe de nacer de la “sociedad civil”. En América Latina, referencias a este concepto pueden empezar a hallarse ya en los discursos políticos de Simón Bolívar¹⁸ e incluso Sandino¹⁹. La idea es que la totalidad de la población, y no simplemente los ricos o poderosos, debería participar completamente en la planificación y funcionamiento diario de todas las instituciones sociales y políticas. Como consecuencia de este cambio, las personas que antes eran excluidas del gobierno y de los centros de poder toman control de su presente y futuro. De hecho, el padre Uriel opina que muchos de los movimientos revolucionarios a lo largo de la historia se han basado en esta visión utópica que abre formas alternativas de organización social.

Como el padre Uriel comenta, sin embargo, este proceso no tiene como objetivo la erección de un nuevo estado que sustituya al anterior, pero está basado en los mismos principios de antaño. El poder surgido desde

abajo no pretende ni controlar el gobierno ni ninguna otra institución tradicional. El propósito es crear un orden nuevo basado en la afirmación de nuevas identidades, la promoción de la creatividad, y el respeto a las ideas y relaciones de todo individuo.

Si nace desde abajo, el orden social nunca termina secularizándose, es decir, perdiendo el elemento espiritual, existencial, creativo y experiencial que debe de caracterizarle. El orden social desde abajo, en otras palabras, surge del esfuerzo de las personas por crear una sociedad nueva que, basada en una verdadera comunidad de individuos plenos, sea inclusiva, respetuosa de los derechos humanos y dedicada a la protección del medio ambiente natural. Por esto, el padre Uriel mantiene que las instituciones que la sociedad civil ha de revalorizar no son el parlamento, o el gobierno, sino la familia, la comunidad, la educación, la cultura y la religión popular. Estas instituciones que, sin duda, reflejan la voluntad popular, son de forma literal comunidades *eclesiales*, pues se basan en la diversidad de las personas que las conforman. En otras palabras, las instituciones formadas desde abajo son instituciones *eclécticas* que salvaguardan y fomentan la diversidad. Estas instituciones son religiosas en el sentido verdadero y más profundo del término, es decir, debido a que encarnan el proceso de unión entre personas con el compromiso de fomentar la justicia y la armonía.

El tipo de orden que estas instituciones proclaman no es uno que pueda alcanzar cierto grado de autonomía de quienes lo organizan, y que por lo tanto pueda imponerse a quienes lo garantizan, sino que siempre ha de estar basado en el diálogo. En este sentido, este es un orden social que nunca se hace *sui generis*²⁰ y, por tanto, nunca llega a hacerse represivo: siempre estará a la orden de las personas y nunca se impondrá a ellas. Dicho orden, escribe Martín Buber, es religioso a causa de que representa “la unidad del destino”²¹. Este destino, sin embargo, no es algo predeterminado o con un sentido preciso. Este hado es parecido a

18 Véase por ejemplo Bolívar, Simón, *Obras completas*. La Habana: Lex, 1950.

19 Véase por ejemplo, Sandino, Augusto César, *El pensamiento vivo*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984.

20 Véase nota 16.

21 Buber, Martin, *Between man and man*. New York: Macmillan, 1978.

aquel del que hablaban los profetas; se asemeja más a una apertura de posibilidades que necesita de la acción humana comunitaria para que ocurra, que a un futuro claro y ya resuelto que ocurrirá aunque no queramos. Este es el sentido en que Gustavo Gutiérrez afirma que la profecía es siempre el ejercicio de una “imaginación creativa”²².

La naturaleza religiosa del orden desde abajo, pues, está sustentada en un destino que tiene como base la praxis humana. El padre Uriel está de acuerdo con Buber en este último punto, pues afirma que una asociación humana basada en la sinceridad y el diálogo es santa y revela lo mejor de una humanidad en acción. Para el padre Uriel no queda duda de que la Teología de la Liberación ha de estar en la base de este proyecto político renovador y vivo.

El lector ha de entender que el concepto de sociedad civil que estos autores manejan tiene poco que ver con aquel al que se refieren, por ejemplo, Rousseau o Hegel. En ambos de estos casos, la sociedad civil se concibe como separada y opuesta al gobierno, el estado, o demás instituciones políticas. Así concebida, la sociedad civil es una fuente de desorden social; todo movimiento que emerja de este conglomerado de personas se considera una amenaza para el funcionamiento regular de una sociedad y, por tanto, carece de crédito. De hecho, la soberanía que se asocia con esta sociedad civil se considera inferior y auxiliar a otras bases de orden, como el gobierno oficial y legalmente constituido.

Pero según el padre Uriel, la sociedad civil ni ha de representar una carencia total de reglas, ni, por supuesto, una amenaza al orden social y cultural. Entre escritores más modernos, la sociedad civil se entiende como la fuente del poder del estado. El gobierno, de hecho, recibe su legitimidad de las actividades que constituyen la sociedad civil. La sociedad civil no representa simplemente un ataque contra el orden institucional establecido, un “contra orden” por así decirlo. Dentro de la filosofía social

contemporánea, tiene una función mucho más positiva: es la voluntad popular antes de que llegue a institucionalizarse y hacerse autónoma de los ciudadanos, es decir, antes de convertirse en *sui generis*²³. Por tanto, en lugar de algo negativo, la sociedad civil puede ser una fuente de rejuvenecimiento para un país.

Un movimiento desde abajo como el de la sociedad civil puede introducir en un país formas nuevas de actuar y vivir. En lugar de ser simplemente actos de resistencia, los movimientos que se originan desde la sociedad civil tienen la capacidad de dar al mundo un destino más justo. Por esta razón, el padre Uriel dice que estos movimientos desde abajo no son anti-gobierno, sino un “nuevo sujeto histórico” que clama un cambio de dirección en el sentido de la historia. Este cambio puede abarcar desde nuevas formas de producción a inéditas maneras de organizar la vida social. Esto es debido a que, cuando se organizan desde abajo, los movimientos sociales encarnan los deseos de las personas en lugar de amenazarlos e imponerse a ellos.

Lo que el padre Uriel argumenta es que la Teología de la Liberación ha cambiado y se ha hecho más compatible con los debates teóricos de la filosofía social contemporánea, pues ambas disciplinas relacionan la democratización de la cultura y la eliminación de las jerarquías represivas, con la promoción de la diversidad social. Como consecuencia de dar gran importancia a la sociedad civil y a otros conceptos relacionados con ella (como por ejemplo, la praxis colectiva, y la creación de realidades alternativas), la Teología de la Liberación puede tener un impacto significativo en el nuevo milenio. A través de los esfuerzos de los teólogos y teólogas de la liberación, el padre Uriel cree que se puede crear una nueva y poderosa conciencia que sea capaz de reformar las relaciones sociales para que sean más justas, equitativas y humanas.

John W. Murphy
jmurphy@umiami.ir.miami.edu

Manuel J. Caro
mcaro@mail.barry.edu

22 Gutiérrez, Gustavo, *A Theology of Liberation. History, Politics, and Salvation*. Maryknoll: Orbis Books, 1988, p. 136 (*Versión Española*: Gutiérrez, Gustavo, *Teología de la Liberación: perspectivas*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones, 1988).

23 Véase nota 16.